



REVISTA DE LITERATURAS MODERNAS

VOL. 53, Nº 2, JULIO-DICIEMBRE 2023 | PP. 58-79

ISSN 0556-6134, eISSN 0556-6134

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/literaturasm modernas>

RECEPCIÓN 9 AGO 2023 – ACEPTACIÓN 24 OCT 2023

El intelectual ante la realidad: Ensayo y lenguaje del disenso en Mario Benedetti

*The intellectual before reality:
Essay and language of dissent in Mario Benedetti*

Claudio Gustavo Maíz

Universidad Nacional de Cuyo
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Argentina

cmaiz@ffyl.uncu.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0001-5312-374>

Constanza Correa Lust

Universidad Nacional de Cuyo
Argentina

correalust@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1122-0335>

Resumen

En el presente artículo se aborda la relación entre el rol de los intelectuales en los sesenta latinoamericanos, el llamado “lenguaje del disenso” y el lugar preponderante que el ensayo tuvo como práctica discursiva privilegiada de estos sujetos. Mediante este género en particular, los debates sobre el compromiso, la militancia y el rol social y político de la literatura adquieren nuevas dimensiones al poner en relieve la interpretación que estos intelectuales hacen sobre la contemporaneidad. El análisis de las dimensiones que adquiere el lenguaje del disenso en los ensayos de Mario Benedetti nos ofrece una excelente oportunidad para reflexionar sobre los debates que protagonizaron el campo simbólico e intelectual de esos años.

Realizaremos, entonces, un análisis de aquellas consideraciones en la redefinición que adquiere el compromiso intelectual en la coyuntura continental. Se vuelve entonces, una vez más, al debate sobre la funcionalidad de la literatura en tanto instrumento de cambio social y resistencia cultural.

Palabras clave: Intelectual comprometido – lenguaje del disenso – sesenta latinoamericanos – ensayo – Benedetti

Resumen

This article broaches the relationship between the role of intellectuals in the Latin American sixties, the so-called "language of dissent" and the preponderant place that the essay had as a privileged discursive practice of these subjects. Through this genre in particular, the debates on commitment, militancy and the social and political role of literature acquire new dimensions by highlighting the interpretation that these intellectuals make of contemporaneity. The analysis of the dimensions that the language of dissent addresses in Mario Benedetti's essays offers us an excellent opportunity to reflect on the debates that they starred in the symbolic and intellectual field of those years. We will carry out, then, an analysis of those considerations that the role acquires and the redefinition that intellectual commitment acquires in the continental conjuncture. As we will be able to observe, a critical attitude, of situated commitment will be what leads him to be skeptical of phenomena such as the publishing boom. It then returns, once again, to the debate on the functionality of literature as an instrument of social change and cultural resistance.

Keywords: Committed intellectual – language of dissent – Latin American sixties – essay

Introducción

La noción de los años 60 globales¹ del siglo pasado abre algunos nuevos interrogantes sobre el rol de los intelectuales en el campo intelectual latinoamericano. En primer lugar, porque ya no se trata de una perspectiva que aborde fenómenos locales, nacionales o continentales, sino que se

¹ Aldo Marchesi ha sido uno de los historiadores que más recientemente ha trabajado esta noción (Marchesi, 2019). Véase asimismo Scheuzger, S. (2018).

articula con una historia global, enriqueciendo el estudio de las variables en juego en la coyuntura sesentista. Asimismo, nos permite percibir que el lenguaje del disenso emergente no es una particularidad del continente latinoamericano sino una fuerza transnacional. Si bien se trata de tradiciones diferentes, la central y la periférica, la toma de posición de los hombres de letras frente a la realidad no se circunscribe a los años 60, sino que es factible rastrearla desde el siglo XIX en adelante en uno de los géneros identitarios que mejor se avino a la expresión crítica: el ensayo. Las discusiones sobre el compromiso, la militancia o la responsabilidad del letrado han sido debates que preceden a los que mantuvo la crítica francesa, especialmente en la figura de Jean Paul Sarte. Nos parece que la escritura de Mario Benedetti enriquece la discusión en torno a los deberes del intelectual en coyunturas determinadas, que no son otras que las que le presenta la contemporaneidad². Nos proponemos, entonces, ocuparnos del debate sobre el compromiso y la contemporaneidad en el discurso ensayístico de uno de los escritores que quizás más aportó a crear antecedentes críticos al problema.

Interpretaciones de lo contemporáneo

El ensayo constituye un género discursivo especialmente apto, en la tradición crítica latinoamericana, para la expresión de las interpretaciones que el autor realiza sobre la contemporaneidad en la que se sitúa. La relación entre lo ensayístico y lo contemporáneo adquiere una relevancia crucial para comprender algunas aristas inherentes a esta discursividad en determinados momentos. El proceso de análisis no estaría completo si no insertamos la problemática moral que atañe al compromiso que el sujeto ensayístico asume. En otras palabras, en el campo intelectual

² Un claro ejemplo de la sincronidad de los ensayos con la coyuntura del campo intelectual latinoamericano lo da la espontánea y elocuente apertura de su artículo "Las prioridades del escritor" que fuera escrito originalmente para el semanario *Marcha* y publicado allí en junio de 1971, cuando la tensión existente entre las distintas facciones de la intelectualidad latinoamericana eran más que evidentes. Afirma Benedetti, entonces, y antes de ninguna otra afirmación:

Por fin explotó la bomba. Durante años, el asunto fue postergado, esquivado, pasado por alto. Pero estaba ahí. Si algo hay que agradecerle al caso Padilla, es que de algún modo haya sido el detonante de un problema al que era necesario meterle mano (1974, p. 61).

latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX, las interpretaciones están subordinadas al imperativo del estrechamiento de los vínculos con la contemporaneidad. Los ensayistas de este periodo perciben el deber de pronunciarse mediante una toma de posición fuertemente definida frente a los hechos coetáneos que interpretan y critican. El compromiso - necesariamente ideológico- regula el rol y la práctica intelectual. Es necesario hacer la salvedad de que la naturaleza de ese compromiso conlleva un componente ideológico, ya que traza diferencias entre los ensayistas que se asumen comprometidos de aquellos que no. El compromiso podría pensarse como una sutura de la escisión que se había producido a partir del modernismo entre el escritor y el político (Gutiérrez Girarot, 2004). La profesionalización del escritor por entonces suponía la autonomía artística, que en muchos casos no pasaba más allá de ser una pose. Ahora bien, el deber ser comprometido de los ensayistas no es una condición que engloba al universo discursivo del periodo indicado, sin embargo, se impuso como un valor predominante. Ensayo, responsabilidad moral con la forma y contemporaneidad integran un mismo andarivel productivo en la expresión ensayística que alcanza una de sus cotas más altas en los llamados años 60 del siglo anterior.

Lo contemporáneo entendido, a grandes rasgos, como un contexto, merece que lo abordemos para calibrar las relaciones entre discurso y producción ensayística. Parece apropiado traer a colación el análisis que Agamben (2011) hace de un poema titulado “El siglo”, escrito por el ruso Ósip Mandelstam en 1923. El filósofo se vale del poema para preguntarse por el significado de lo contemporáneo. Sus reflexiones nos servirán para ajustar mejor la noción que nos interesa. Agamben sostiene que la contemporaneidad es una relación con el tiempo, que de manera pendular atrae y provoca distancia. Agrega: “Quienes coinciden de una manera demasiado plena con la época, quienes concuerdan perfectamente con ella, no son contemporáneos ya que, por esta precisa razón, no consiguen verla, no pueden mantener su mirada fija en ella” (pp. 18-19). Extendiendo el razonamiento a nuestro propósito, no puede haber crítica de la contemporaneidad si antes no hay desapego e incordio con el tiempo presente del que se toma distancia. Fijar la mirada en el propio tiempo no debería proyectar las luces sino la “oscuridad” que no percibe inmediatamente. Coincidir con el presente es no cuestionar un orden de las

cosas, lo contrario es percibir los pliegues oscuros de la realidad presente (p. 21). Agamben enfatiza a la hora de reconocer el carácter de contemporáneo al individuo:

Puede llamarse contemporáneo sólo aquel que no se deja cegar por las luces del siglo y es capaz de distinguir en ellas la parte de la sombra, su íntima oscuridad. Con esto, sin embargo, aún no hemos respondido a nuestra pregunta. ¿Por qué debería interesarnos poder percibir las tinieblas que provienen de la época? ¿Acaso la oscuridad no es una experiencia anónima y por definición impenetrable, algo que no está dirigido a nosotros y no puede, por lo tanto, incumbirnos? Por el contrario, contemporáneo es aquel que percibe la oscuridad de su tiempo como algo que le incumbe y no cesa de interpelarlo, algo que, más que cualquier luz, se dirige directa y singularmente a él. Contemporáneo es aquel que recibe en pleno rostro el haz de tiniebla que proviene de su tiempo. (p 22)

La condición de contemporáneo demanda coraje, dice Agamben, que se necesita para percibir lo oscuro en el presente de la luz. Es por esta razón que no todos son contemporáneos, sólo unos pocos que pueden soportar la mirada fija en la oscuridad de la época y al mismo tiempo percatarse de la presencia de una luz que surge del oscuro presente, dirigida hacia el que mira pero que a la vez se aleja indefectiblemente. La escritura ensayística se asemeja a ese vidente que percibe la luz que no habrá de iluminar en su tiempo pero que podría hacerlo en el futuro. De esa manera es la utopía la única salida para un programa crítico imaginado, pero de poca o nula concreción. La utopía no es la imaginación irrealizable sino la imaginación crítica de la contemporaneidad.

Ahora bien, ¿qué diferencia existe entre un discurso comprometido y uno militante? La obra de Rodolfo Walsh no encaja en los moldes del compromiso, como tampoco la de Roque Dalton, el Pablo Neruda de la poesía coloquial o la de Paco Urendo. La ensayística de Mario Benedetti no se ajusta completamente a la noción sartreana del escritor comprometido si tomamos en cuenta que mucho antes de que el filósofo francés aludiera al compromiso, los vínculos con la realidad política, social de la contemporaneidad eran moneda corriente entre los ensayistas del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. De Sarmiento, Martí a Ugarte, Ingenieros o Martínez Estrada, el imperativo de no eludir los presentes respectivos no ha dejado de ser una constante en ellos y otros hombres y mujeres que han

practicado el oficio de las letras. La distancia entre compromiso y militancia resulta a veces difusa, ya que ambos comparten la adhesión a una ideología. La pregunta se podría reformular especificando qué convierte a una ideología en militante. Debe aclararse que no todo ensayo ideológico (como si hubiera alguna que no lo sea) ni es comprometido ni militante. Para avanzar en algún deslinde, digamos que los rasgos que diferencian el compromiso de la militancia son rastreables en los discursos mismos. Agreguemos que no se trata nada más que una cuestión de grados entre uno y otro. Existen rasgos propios del discurso ensayístico militante. En primer lugar, en el discurso ensayístico militante se percibe el uso de figuras retóricas como la repetición con fines no solo persuasivos sino principalmente didácticos; la organización argumentativa es deductiva mediante el uso de silogismos, en los que la premisa mayor está ocupada por caso, el imperialismo norteamericano, la explotación de los obreros, las oligarquías terratenientes, etc; el énfasis en el tono es la fuerza de articulación discursiva que toma la forma de indignación, imprecación o el razonamiento *ad hominem*.

Uso político del lenguaje y el “compromiso situado”

Pocock propuso hablar de la verbalización de un acto político y de la verbalización “como un acto político” (2009, p. 49). De esa manera, el autor entiende la política como un sistema lingüístico y el lenguaje como un sistema político. La perspectiva admite referirnos a los actos performativos que promueve el discurso ensayístico cuando interviene en su contemporaneidad, mediante una noción de Pocock, la “verbalización performativa” (p. 51), que se justifica dentro de un modelo en el que el lenguaje actúa como una acción comunicativa bidireccional, capaz de contrarrestar afirmaciones unilaterales del poder en el seno de una comunidad política. Es una dialéctica que se desenvuelve entre la crítica y la contra-crítica. La producción del ensayo en los marcos de las controversias contemporáneas necesita del lector como el otro a quien comunicar la visión crítica que anima al sujeto ensayístico.

El compromiso con la expresión crítica conlleva una dimensión moral que modula la función intelectual hacia la toma de posiciones que en la mayoría de los casos no son autónomas. Por esta misma razón, observaremos que

las consideraciones que comienzan estipulándose en términos de validez o relatividad moral, luego pasarán a estar atravesadas también por condicionamientos políticos y militantes. Hay una variedad importante de ensayos a lo largo del siglo XX, que, una vez superados los límites de la cavilación materializada en el discurso, contienen un componente programático. En otros términos, buscamos señalar cómo en el ensayo el mismo ejercicio de escritura comprende la praxis intelectual que se intenta definir y cómo, por contigüidad, la misma adopta estas características que se intenta estipular como fundamentales para la definición del rol y la función. El género ensayístico verifica la concreción del fenómeno como una constante en la relación ensayo-intelectual en el campo literario latinoamericano: la práctica discursiva que supone el ensayar, es al mismo tiempo una concreción de esa performatividad que se persigue con el rol intelectual; ya que se trata de una producción ideológica que tiene la capacidad de intervenir en la sociedad. En este sentido, y teniendo en cuenta la enorme cantidad de ensayos que pueden ser analizados bajo esta dimensión performática, haremos especial énfasis en aquellos que resulten más ilustrativos de cómo este género funciona como una práctica discursiva especialmente provechosa para este intelectual comprometido.

En el caso particular de Benedetti, se observa que el imperativo del compromiso, de clara procedencia sartreana, influye de tal forma en su discurso ensayístico que supone la materialización de una inflexión en su trayectoria ideológica. La adhesión a la causa revolucionaria se vuelve manifiesta a través de las modificaciones que la absorción de estos postulados imprime a su consideración del rol intelectual. En efecto, este último ya no se caracteriza, después de los sesenta, por un tutelaje social, debido a que supondría lo que justamente Benedetti denuncia al señalar que “inscribiéndose en una elite del intelecto, sintiéndose clan sacrosanto e inculcado, es casi obligatorio que la prioridad sea el individualismo” (1974, p. 78). Por el contrario, desde estos años, podemos observar una intención de organicidad (en términos gramscianos) que se desprende de una progresiva conciencia de clase y de subdesarrollo que el autor ha ido adquiriendo. Se trata, como señala da Cunha Giabbai (2011), de una asunción de la intelectualidad en tanto una parte más de ese pueblo como garantía de fidelidad (p. 64). Un primer momento en esa transformación puede observarse en la conciencia del origen mesocrático del rol, cuando

sostiene que “aunque generalmente provenga de la clase media, hoy ya se ha convertido en sapo de otro pozo” (1960/1968, p.139)³.

Skinner (2007) realizó una interesante distinción entre los “textos arquitectónicos” y los “textos situados” o también llamados de “ocasión” para aludir a textos con una clara pertenencia a un contexto determinado, cuyo estudio demandaba preguntarse por las intenciones que movieron al autor a escribir tal texto. Ahora bien, la diferencia entre uno y otro radica en una indisimulada ubicación en un contexto y movidos por “intenciones” que anima justamente a los “textos de ocasión” (p.10). En esa dirección, el “estar situados en su realidad”, para los intelectuales latinoamericanos comprometidos tiene una estrecha relación con la reflexión sobre el propio lugar de enunciación, una comunidad de lectores imaginada que comparte con ellos un horizonte político-cultural semejante, la asunción de la dependencia con los países centrales (especialmente los Estados Unidos), el propósito emancipatorio unido a un ideal de integración continental. Mario Benedetti lo expresaba de este modo: “mientras América Latina busque, así sea caóticamente y a empujones, su propio destino y su mínima felicidad, permítasenos que sigamos pensando en el escritor como alguien que enfrenta una doble responsabilidad: la de su arte y la de su contorno” (1967/1970, p. 19). Arte y contorno, o lo que es análogo arte y contexto constituyen aristas valiosas para describir con mayor precisión la prosa de ocasión proveniente del ensayo crítico de la contemporaneidad.

Avatares de un intelectual en el contexto de los 60 globales. *Mario Benedetti: la Forja de un Escritor Contemporáneo*

El discurso benedettiano se inscribió entonces como parte un proyecto cultural continental y transnacional, si tomamos en cuenta la propuesta de

³ Respecto de la identificación de este aspecto sociocultural de la función intelectual, Gregory (2014) afirma que

lo auténticamente único en la posición y la manera de actuar de Benedetti era que (...) manteniéndose fiel a un moralismo perfectamente compatible con la clase media más o menos ilustrada con la que se identificaban tanto él como gran parte de su público lector, supo hacer todo lo que pudo por establecer otro sistema político que rompiera ese esquema espiritual e ideológico al sentar otras bases colectivas para pensar de otro modo las categorías tan fundamentales como ‘individuo’ y ‘libertad’ (p. 201).

Aldo Marchesi, quien se refiere a la cultura de los 60 del siglo pasado como un fenómeno global, ni nacional ni continental. La coyuntura sesentista se conforma gracias a una conjunción de episodios centrales y periféricos. Luchas políticas, sociales e intelectuales que se combinaron indistintamente al factor geográfico: la guerra de Vietnam, el mayo francés, la Revolución cubana, la primavera de Praga, las protestas estudiantiles en México. Marchesi (2019) advierte que una renovada cultura de izquierda impacta recíprocamente en América como en Europa. La emergencia de un lenguaje del disenso⁴ es preponderante para situar contextualmente los discursos del compromiso o la militancia.

A partir de *Letras del continente mestizo*, se ve una marcada preocupación no solo por la definición del rol en sí mismo —en cuanto categoría— sino por la dilucidación de los alcances de su praxis en el contexto revolucionario que reclama urgentes pronunciamientos:

Nunca como en estos años había enfrentado el intelectual, y en particular el escritor latinoamericano, una obligación tan perentoria de asumir actitudes ante el espectáculo de una sociedad que se transforma, una tan insoslayable conminación a definir frente a su propio juicio el sentido de su obra. (1967/1970, p. 32)

El compromiso tiene ahora dimensiones continentales y ha dejado de ser un precepto eminentemente moral ya que, en este contexto, “el escritor, como individuo, (...) inevitablemente se compromete en política” (1968, p. 42-43, resaltado en el original). El compromiso, sigue siendo el trasfondo de la reflexión sobre el arte poética, siempre en profunda relación para Benedetti con los fenómenos socio-políticos, que el intelectual “puede y debe ayudar a transformar” y frente a los cuales “se corre un riesgo y se asume una responsabilidad” (1974, p. 121). Es decir, se exige de los escritores una actitud concreta, como se desprende de las siguientes palabras:

(...) la explosiva situación social y política de América Latina, reclama del escritor que en ella vive, un tipo de pronunciamiento que cada vez estrecha más la posibilidad de elección: o el intelectual asume, en su actitud (aun en

⁴ Al respecto, véase Suri, J. (2003) *Power and Protest. Global revolution and the Rise of Detente*. Harvard University Press.

el caso de que su obra se instale en lo fantástico, zona tan legítima como cualquier otra) la responsabilidad de denuncia a que el presente lo conmina, o, por temor, apatía, por apego al confort, por simple omisión o, en el peor de los casos, por razones contantes y sonantes, le da la espalda a la realidad y se refugia en la cartuja de su arte. (1967/1970, p. 44)

El confort y el interés lucrativo al que hace alusión se refiere, concretamente, al fenómeno del *boom*. Frente a estos intentos de cooptación y neutralización que representan para él las iniciativas seductoras de estas grandes editoriales, el escritor debe mantenerse fiel a su compromiso literario, ya que “la poesía es una especie de catapulta que hace llegar más lejos la denuncia” (1968, p. 37). Se observa aquí una preceptiva retórica que busca, al igual que lo hará durante el resto de su trayectoria literaria, establecer una simbiosis entre esa “doble responsabilidad”: el valor literario de la obra y su capacidad de transformar el medio circundante. Sostiene al respecto Benedetti que:

Aun el más militante de los autores –como puede ser el caso de Bertolt Brecht– debe construir primero una estructura que contenga validez artística, y solo después de haber cumplido esa condición obligatoria, estará en condiciones de insuflarle un mensaje, una intención, y hasta una fuerza de persuasión determinada. (p. 37)

El compromiso se establece entonces como una “congénita función de indagador” (1967/1970, p. 33), por “una actitud sacrificadamente honesta, valiente y definida” (p. 45) que permite que se logre una “integral vinculación del escritor con su época” (p. 40), pero se mide en términos de una “libertad” cuya naturaleza y validez, como veremos más adelante, será cuestionada años después⁵. Una vez más, la perceptiva del rol adquiere

⁵ En efecto, Castro (1976) llega a sostener, respecto de este artículo en particular, que

el escritor de que habla es todavía abstracto (...) un escritor teórico, nutrido solo de razón y pluma. Esa ‘libertad’ con que arremete a golpes es la preservación de una individualidad que está más allá del pueblo (...) incontaminada en su pura intelectualidad, desde donde acude en ciertos momentos estelares a ‘pronunciarse’ solidaria (o paternalista), pero solitariamente, con él (p. 67).

Más adelante agrega el crítico, haciendo mención de la nota al pie de ese mismo artículo que comentamos más adelante: “la tesis queda lastrada por los ingredientes elitistas que ya traía consigo su modelo europeo. Como pronto reconocería Benedetti, el escritor del que se hablaba era cualquier cosa menos un latinoamericano; o mejor, era la implantación de otra baladronada francesa” (p. 68).

matices deónticos, que pueden observarse en los verbos “debería” y la fuerza que adquieren en este contexto algunos adjetivos elegidos para enunciar las distinciones que él “quisiera que quedaran bien claras” y que citamos a continuación:

2) como escritor propiamente dicho, debería comprometerse con su realidad, con su tiempo, con su época, y asimismo pronunciarse frente al hecho político (...); 3) es importante que la obra del escritor sea vehículo de una opinión personal, o de una expresión de su conciencia social frente al hecho político; en cambio parece bastante más riesgoso para su libertad intelectual, que inscriba su quehacer literario en la línea de un partido determinado, ya que este, aunque momentáneamente coincida con sus opiniones, puede imprevistamente cambiar su rumbo y aun su esencia ideológica. (pp. 42-43)

En su artículo “Situación del escritor en América Latina”, Benedetti insiste en el problema de la concretización de un compromiso intelectual que pueda establecer una conjugación entre la actitud vital del intelectual y el involucramiento de su obra en la tarea de transformación revolucionaria sigue siendo una constante. El autor se cuestiona estas limitaciones y parámetros de la obra literaria como instrumento privilegiado de intervención para un escritor en los siguientes términos:

No creo en el compromiso forzado, sin profundidad existencial; ni en la militancia que desvitaliza un tema, ni menos aún en la moraleja edificante que poda la fuerza trágica de un personaje. Pero tampoco creo en el hipotético deslinde, en esa improbable línea divisoria que muchos intelectuales, curándose en salud, prefieren trazar entre la obra literaria y la responsabilidad humana del escritor. (1967/1970, pp. 19-20)

Resulta necesario recordar que, como también hemos señalado con anterioridad, ocurre entre finales de los sesenta y los principios de los setenta –todavía antes de que el autor comience el periplo exiliar– un cambio de perspectivas que está relacionado directamente con el vínculo cada vez más estrecho que Benedetti irá forjando con la Revolución Cubana; pero también con el distanciamiento del mismo Sartre después del incidente del caso Padilla y, concretamente, el manifiesto de “los 62”. A partir de entonces, el compromiso para Benedetti ya no se medirá en términos sartreanos, sino más bien marxistas, sobre todo bajo los

lineamientos gramscianos, como observamos en esta cita de *El escritor latinoamericano y la revolución posible* (1974):

O sea que la única forma de que el escritor venza su soledad y supere su frustración o su egoísmo (meros síntomas del subdesarrollo cultural) es que aporte su esfuerzo a la lucha de clases (...) no parece lógico, ni justo, que esa lucha de clases, que esa batalla por el desarrollo, la deban emprender *tan solo* ‘los demás miembros de la colectividad’, sin contar con la participación generosa, y a veces esclarecedora del intelectual. (...) Solo participando de algún modo en la transformación colectiva, adquirirá el escritor su inalienable derecho a sentirse transformado. Gramsci lo ha dicho de una manera impecable, al hablar de la lucha por una nueva cultura, esto es, por una nueva *vida moral*. (pp. 164-165, resaltado en el original)

Señalamos con anterioridad que, desde sus primeras reflexiones sobre la intelectualidad, esta categoría se presenta a Benedetti como problemática tanto por el origen mesocrático como por el carácter elitista que supone. Sin embargo, si en su obra de 1960 hablaba de las “clases medias”, ahora los términos empleados implican una conciencia de clase atravesada por la adhesión a ciertos postulados marxistas que antes no resultaban tan evidentes. Esta transformación se observa en la siguiente cita, en la que Benedetti sostiene que el proceso revolucionario puede provocar “algunos rechinamientos en la formación burguesa del intelectual”, ya que “todos nos hemos educado en un contexto social y pedagógico absolutamente dominado por la burguesía” por lo tanto “son inevitables las adherencias y los prejuicios que manufactura la burguesía” (1974, p. 62). En definitiva, una vez que tiene lugar la ampliación de la noción del “intelectual comprometido”, sumándole los imperativos revolucionarios, podemos observar cómo comienza a ser necesario el despojamiento de ciertas características que, para otros autores, parecen intrínsecas de esta clase particular como, por ejemplo, el individualismo.

Si bien estas reflexiones atraviesan todo el ensayo de *El intelectual revolucionario...* es en el artículo titulado sintomáticamente “Ni víctima ni fiscal” en el que Benedetti inserta su posicionamiento más explícito respecto del origen de este rol y de los alcances de su función. En el mismo, sostiene que “el escritor debe resistir dos tentaciones que lo acosa. Una: ser fiscal de la historia. Otra: ser víctima de la historia” (1974, p. 125). Es

decir, el intelectual no tiene más categoría que nadie como para tener ese rol en la sociedad, ni tampoco es un espécimen especial que sufra vicisitudes mayores que otros hombres. Para el autor, ambos extremos devienen de un mismo defecto de clase, de un reflejo de ese individualismo burgués que él tanto critica y que se evidencia cuando “se aísla y tiene tendencia a considerarse, lo confiese o no, como integrando una suerte de clan”, a una “suerte de masonería del intelecto” (pp. 125-126). Esta idea, según el propio autor, se ve reforzada como una consecuencia directa del plan de neutralización que se lleva adelante para manipular ideológicamente a los escritores latinoamericanos mediante el otorgamiento de premios y becas. En este contexto, “el escritor se vio de pronto involucrado en una maniobra para la que no estaba preparado; se vio convertido en instrumento ideológico” (p. 95) ya que “el imperialismo, ha ajustado y afinado cada vez más sus procedimientos y sus tentaciones, orquestando una ‘operación de seducción’ con finísimo tratamiento de la vanidad, y una particular atención verbal a la famosa libertad del escritor” (p. 127). Bajo la óptica de nuestro autor, dichas distinciones no hacen sino alimentar la jactancia de quienes se ven a sí mismos como singulares personalidades pertenecientes a un sector especial de la población, fomentando de este modo una asunción del rol intelectual no como una responsabilidad o un deber, sino como un derecho, como un mérito y, en última instancia, como un privilegio a resguardar. Por lo tanto, se genera alrededor de ese sentimiento mismo de posesión de un bien a defender, una paranoia (algunas veces más justificada que otras) respecto de las diversas amenazas de esos privilegios del intelectual que deviene en la posibilidad de neutralizarlo (pp. 127-128). Dependiendo del posicionamiento ideológico, la amenaza provendrá del imperialismo, o de los gobiernos revolucionarios; ambos tendientes, a los ojos del otro, a manipular y dominar el espíritu pretendidamente libre y crítico del intelectual. Benedetti concluye que, frente a esto, “el escritor precisa una cura de modestia, para así integrarse a la sociedad, en primer término como ciudadano (...) para comunicarse con su sociedad” (p. 126).

En definitiva, el autor deconstruye, como parte también de un particular posicionamiento en el campo, su noción del rol para imprimirle un carácter revolucionario, que busca transformar el orden también desde la misma autopercepción que estos sujetos tienen de sí mismos: “Evidentemente, se

puede ser intelectual revolucionario y no renunciar a ser intelectual. El problema es repensar esa relación” (p. 129). En este replanteamiento de la relación es que, autores como Gilman, ubican lo que ya hemos definido a lo largo de este trabajo como “antiintelectualismo” como una particular forma de esa “actitud cívica, la actitud como ente social” que Benedetti le reclama al artista (p. 129).

Es decir, se produjo un cambio de prioridades, la cual se dio, en palabras de Gregory (2014), “respecto a la aplicación en la sociedad de cualquier forma de arte u oficio: la libertad de ejercerlo era otorgada por y dentro del cuerpo social y no construida desde alguna ilusoria atalaya individual erigida artificialmente fuera de él” (p. 204). Podemos, en definitiva, observar una búsqueda intensa por una manera de concebir el rol del intelectual que pueda conciliar el compromiso con la literatura, por una parte, y con la Revolución, por otra. En el proceso de construcción de una literatura revolucionaria, los límites entre el hombre de acción y el hombre intelectual no serán fáciles de establecer. Claudia Gilman (1993) describe este contexto de la siguiente forma:

Se delinea, en nuevas discusiones que establecen nuevos imperativos una nueva figura o modelo a alcanzar: el del intelectual revolucionario. /Una declaración del Consejo de Colaboración de la revista cubana *Casa de las Américas* se hace cargo de la urgencia de definir este perfil, en una coyuntura que parece urgir las definiciones y obligar a los intelectuales a asumir posiciones cada vez más militantes al punto de combatir, sufrir prisión o censura. (p. 176)

El dilema se establecerá entre dos extremos indeseables: el realismo socialista y el hermetismo literario, del cual se comenzará a acusar sobre todo a los representantes del *boom*, los que se refugian en “la palabra, esa nueva cartuja” (Benedetti, 1974, pp. 51-58). Estas dos prioridades, la literatura y la Revolución, como se desprende del análisis que intentamos proponer, en más de una oportunidad se presentaron como una encrucijada que lo hizo incurrir en aparentes contradicciones o sucesivas reformulaciones. Un ejemplo de dichas reformulaciones es el caso de su postura sobre la función misma del intelectual y su papel dentro del proceso revolucionario. De este modo, unos años antes, en *Letras del continente mestizo* (1967) el autor había sostenido que:

La indocilidad del intelectual cabe perfectamente dentro de la revolución; más aún, la enriquece, la hace más viva, más sensible, más creadora. El intelectual verdaderamente revolucionario nunca podrá convertirse en un simple amanuense del hombre de acción; y si se convierte, estará en realidad traicionando la revolución, ya que su misión neutral dentro de la misma es ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginario intérprete, su crítico proveedor. (p. 30)

Sin embargo, algunos años más tarde y, sobre todo, después de la ruptura ya mencionada que supuso en el campo intelectual el caso Padilla; en *El escritor latinoamericano...* (1974) Benedetti se pronuncia entonces en otro sentido, parafraseando a Fidel y rectificando sus propias palabras:

Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista, significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución. Es una regla mínima de coherencia (...). Dentro de la revolución cabe perfectamente la literatura crítica, y sobre todo una actitud crítica, pero siempre dentro de la revolución y no fuera de ella (pp. 74-75)

Más adelante, en el mismo ensayo, vuelve sobre la misma idea, para reafirmarla: “El escritor revolucionario puede ser indudablemente la conciencia vigilante de la revolución, pero no como escritor sino como revolucionario” (Benedetti, 1974, p. 81). A partir de que Benedetti cierra filas con la defensa del régimen cubano a partir del ’68; sus ensayos pasaron a poblarse de “reflexiones sobre cómo los intelectuales de izquierda deben relacionarse con el pueblo en cuyo nombre quieren actuar y escribir y a cuya causa quieren adherirse” (Gregory, 2014, p. 59). La actitud prescriptiva sobre la praxis intelectual va acentuándose en los ensayos de los años posteriores, cuando definitivamente “La cuestión de los deberes de la *intelligentsia* se sitúa en el centro” (Altamirano, 2013, p. 55), y es en *El escritor latinoamericano y La revolución posible* donde estas caracterizaciones del rol adquirirán su carácter más programático, como se evidencia en la siguiente cita:

Cuando se dice (en los últimos tiempos, lo sostienen en particular los intelectuales latinoamericanos radicados en Europa) que el escritor es la *conciencia crítica* de la sociedad, dicho así, como un derecho aislado, es apenas un rasgo inocultable de soberbia. El escritor tiene todo el derecho de ser la conciencia crítica de la sociedad, pero en cuanto ciudadano, en

cuanto integrante de una comunidad y no por el hecho fortuito (o privilegiado) de ser un intelectual. Entonces sí su ejercicio crítico pasa a convertirse en un rasgo de humildad. Ya no estará juzgando desde un pedestal lo bueno y lo malo que hace el resto de la comunidad. El ciudadano que de algún modo ejerce la crítica acerca de su sociedad (y en especial cuando esa sociedad se convierte en revolucionaria), sabe que se está juzgando y criticando a sí mismo, ya que tácitamente admite que sobre él recae también una cuota parte de las culpas y los errores colectivos. (1974, p. 162)

Gregory (2014), en su estudio, sostiene que esta obra en particular (y, como complementación, algunos escritos políticos de esos años) resulta:

una suerte de informe detallado sobre las contradicciones y frustraciones del intento algo quijotesco de un intelectual tradicional de estirpe sartreana por convertirse en un intelectual orgánico de linaje gramsciano antes de que existieran las condiciones sociales que justificaran el nacimiento de tal fenómeno. (pp. 201-202)

Es posible también observar, en este ensayo de 1973, que el término “intelectual” es a veces reemplazado por “escritor” o “artista latinoamericano” –probablemente, uno de los resabios de la influencia sartreana que jamás abandonaría–; y que la precisión sobre sus funciones y su rol se va ciñendo cada vez más sobre la tarea de conformación de un arte nuevo, con sus consecuente y “formidable desafío: crear para (y desde) el pueblo, pero sin crear fórmulas manidas, sin recetas gastadas por la rutina. El hombre nuevo reclama (o va a reclamar muy pronto) un *arte nuevo*” (p. 110, resaltado en el original). Hay, nuevamente, una fuerte voluntad programática de definir el rol siguiendo, en este caso, los postulados del Che y sus reflexiones en función del realismo socialista y la necesidad de renovar las formas en que el arte pueda contribuir a la lucha revolucionaria. La voluntad programática, adquiere nuevamente fuertes tintes deónticos:

(...) debemos afirmarnos en nuestra voluntad revolucionaria, pero también en nuestra imaginación creadora; en nuestra cultura de masas, pero también en nuestra guerrilla cultural. Y esta acaso sea nuestra modesta contribución para que, a nivel latinoamericano, la *revolución posible* se convierta sencillamente en *revolución*. (p. 111, resaltado en el original)

Sobre la adopción del Che como figura paradigmática de intelectual revolucionario, que puede rastrearse a través de todos los ensayos de esta

obra en particular, y sobre la relación epigonal que Benedetti desarrolla de sus preceptos artísticos, Gregory (2014) afirma que se produce una especie de canonización y que traslada

(...) sus preferencias como lector y crítico prácticamente por un realismo social y psicológico en la literatura a su acercamiento ético a las cuestiones ideológicas y políticas, reemplazando el análisis político propiamente dicho de un proceso con una apreciación de las calidades admirables del individuo que mejor parece ejemplificarlo. (p. 102)

Tanto en el caso de *El intelectual latinoamericano* como de *El recurso del supremo patriarca*, así como cada una de sus obras desde entonces hasta 1985, hablamos de un autor que se sitúa en la encrucijada vital del exilio. En este marco, las tareas del intelectual se restringen, obligadamente, pero también se vuelven más apremiantes. Benedetti manifiesta tener pleno conocimiento de cuáles son las intervenciones que los escritores pueden realizar como forma de colaboración en la búsqueda permanente de transformar la sociedad. La consciencia de la imperiosidad que adquieren dichas intervenciones como parte de la lucha contrahegemónica puede observarse en la siguiente cita de “Los temas del exilio”, de 1979:

Las tareas que puede desempeñar un escritor exiliado van por supuesto desde la prosecución de su obra hasta la participación en encuentro o simposios, es decir, reuniones en las que de alguna manera se intenta esclarecer ante la opinión internacional los problemas humanos, sociales, culturales y políticos que el exilio implica. También van desde una conferencias hasta la colaboración con cantantes populares; desde la redacción o la simple firma de un manifiesto de denuncia hasta la investigación sobre las causas profundas del dramático proceso que vive el país; desde la función soldaría que pueden cumplir sus escritos, hasta la incorporación a su obra de una o varias de las situaciones y conmociones que le ha tocado vivir o presenciar; desde el análisis documentado de todo este desarrollo nacional hasta la más audaz suelta de la imaginación en busca de soluciones o esperanzas. (pp. 141-142)

En estos tiempos de exilio y además de su constante denuncia hacia las dictaduras, nuestro autor sumará nuevos desafíos a la tarea intelectual: la batalla entonces será contra las “formas subsidiarias de penetración cultural”. En este marco, como siempre y como se sostiene en la editorial que encabeza el monográfico dedicado a su obra, “Benedetti afirma con

claridad y denuncia con inteligencia las nuevas formas de colonialismo, junto a las tradicionales, económicas y culturales. Ataca la idea recurrente de considerar a América Latina como un todo homogéneo” (Nogueira Dobarro, 1992, p. 16). Llegado el tiempo de la instalación de las dictaduras y del comienzo de su exilio, su noción del intelectual se vio absolutamente atravesada por el cambio sufrido en el estado del campo literario. De este modo, como vimos a lo largo del presente apartado, su posicionamiento en dicho campo varía desde una posición hegemónica (como miembro de la generación crítica y del grupo de *Marcha*)⁶, hacia una marginal o, por lo menos, periférica (en tanto excluido del fenómeno del *boom* e incluido en las filas antiintelectuales). Por último, y tal como lo estipula Faccini y hemos señalado numerosas veces en el presente estudio, luego de 1973 Mario Benedetti pasa a integrar parte fundamental de la fracción contrahegemónica de la sociedad, como opositor a (y perseguido por) todos los gobiernos de facto que se van instalando a lo largo de Latinoamérica). En su obra *El recurso del supremo patriarca*, podemos encontrar todavía una convicción firme en la necesidad de que el intelectual siga desempeñando su función situado en la particular realidad latinoamericana como parte fundamental de su praxis contrahegemónica –que analizaremos más detenidamente en el siguiente apartado–. En la siguiente cita, vemos que es esta actitud la que el autor sigue persiguiendo y postulando como forma de transformación de la situación de subdesarrollo y neocolonialismo de nuestro continente:

Es un deber de nuestra ensayística, de nuestra crítica, de nuestra historia de ideas el de vincularnos a nuestra historia real, no de modo obsecuente ni demoleedor; vincularnos a ella para buscar allí nuestra expresión (tantas veces sofocada, calumniada, malversada, teñida), como el medio más

⁶ En efecto, en esta misma crítica que Benedetti realiza al grupo de *Marcha*, no se priva de conceder, en una nota al pie, que el semanario es

el único periódico que, sin tener un partido detrás, se juega por causas (...), el único periódico que, ante la eclosión de determinados problemas nacionales, se afana (ya sea mediante encuestas o reportajes o exhumación de documentos) en hacer oír todas las campanas y en acercar al lector tantos elementos como sean necesarios para permitirle formular una opinión verdaderamente propia (Benedetti, 1960/1968, p. 92).

Se desprende de estas consideraciones cierta consciencia de excepcionalidad dentro del grupo generacional al que, al mismo tiempo, el autor adhiere cuando establece: “Esto que digo acerca de *Marcha* me lo estoy diciendo en primer término a mí mismo” (p. 92).

seguro de interpretar y asumir nuestra realidad y también como una inevitable y previa condición para cambiarla. (1979/1982, p. 34)

En ese contexto latinoamericano de la dictadura, en que la cultura está amenazada “entre dos fuegos”, Benedetti escribe un ensayo fundamental para analizar su trayectoria ideológica, ya que en él podemos identificar aquellas continuidades que, años después de sus primeras enunciaciones sobre el rol intelectual, sigue manteniendo como premisas. Nos referimos a “Los intelectuales y la embriaguez del pesimismo”, ensayo de 1986 que fue publicado por la Udelar e incluido después en otras cuatro compilaciones, entre ellas las dos más importantes (en términos de balance): *El ejercicio del criterio* y *45 años de ensayos críticos*. En este texto fundamental, Benedetti realiza una primera comparación respecto de cómo ha ido variando, en las últimas décadas, la caracterización del rol intelectual –y, por consiguiente, de su praxis– en Latinoamérica y en Europa. Sostiene, entonces, que:

En América Latina el intelectual no se hace mayores ilusiones acerca de su posible gravitación en el plano político. Sin embargo, con perdón de Descartes, piensa, luego *insiste*. Por lo común no tiene mayores aspiraciones de poder. Si para el polémico André Gorz ‘asumir la realidad es tener horror de ella’, para el intelectual latinoamericano asumir la realidad es *experimentarla acuciante necesidad de cambiarla* (1987/2002, p. 241, resaltado en el original)

Esa misma insistencia de la que habla el uruguayo es la que subyace al carácter prescriptivo que le imprime a la determinación del rol, que una vez más no se limita a describir, sino que está atravesada por una dimensión normativa que se encuentra en permanente relación con su propia praxis, la cual ejerce a la par que define. En sus palabras, podemos ver cómo esta funcionalidad social de la literatura es asumida por él siempre en términos de un *deber hacer* y, sobre todo, un *deber comprometerse*, ya que “El intelectual tiene obligaciones éticas que (la verdad sea dicha) nadie le ha asignado y él sin embargo asume. Salvaguardar la razón crítica es una de ellas, y debe llevarla a cabo aunque los índices oficiales le señalen lo contrario” (1987/2002, p. 237). Como podemos observar, el componente ético del rol y su relación con ser “conciencia crítica” de la sociedad son dos términos de su concepción integral y diacrónica que sufren múltiples

reformulaciones para luego, hacia los últimos años del siglo XX, volver a ponerse en consideración.

Una última observación sobre el abordaje que hace Benedetti de la definición del intelectual está relacionada con el hecho de que no parte solo de sus apreciaciones personales y de la propia práctica, sino que es también un proceso dialéctico de influencias y afiliaciones. En más de un ensayo podemos encontrarlo discutiendo alguna formulación sobre el rol o sus funciones de algún autor en particular. Ya hemos hecho alusión a la numerosa cantidad de veces en que, para tales fines, trae a colación palabras de Sartre o de Gramsci. En efecto, todo el volumen de *El intelectual revolucionario...* se encuentra poblado de citas de este último, de Marx, Lenin y el Che. También resulta destacable, sobre todo en términos de contemporaneidad y actualidad de la propuesta el extenso comentario que realiza sobre la obra de un colega, Fernando Brumana, y su fascículo titulado, justamente, “Los intelectuales”⁷. El contenido mismo es tomado como eje para toda la argumentación desplegada a lo largo del artículo “El intelectual y la transformación” (1974, pp. 115-122); a lo largo del cual realiza críticas a otro tipo de concepciones sobre el rol del intelectual, como sería el caso de André Gorz (pp. 116-117); Marcuse y Horkheimer (pp. 120-122). Al mismo tiempo, en la construcción de sus argumentos, utiliza más de una vez la mención a algún otro intelectual sobre el cual ejemplifica por contraste, como sería el caso de Borges (dice, textualmente: “Algunos intelectuales y otros Borges” (p. 117)), Miguel Ángel Asturias o Juan Goytisolo.

Como sosteníamos al principio del presente apartado, el ensayo, en su dimensión performática, permitió a lo largo de las sucesivas etapas que atravesó Benedetti, que la escritura se transforme en práctica discursiva. Dicha praxis funcionó, a su vez, como una intervención específica de un intelectual que se pensó y definió hasta el cansancio, siempre atravesado por la ‘situación’ y embanderando, incansablemente, una ‘disposición habituada’ al compromiso. Así podemos observarlo en uno de los últimos libros de ensayos que escribió: *Perplejidades de fin de siglo*, cuando retoma

⁷ El fascículo corresponde a una serie publicada por el Centro Editor de América Latina, titulada *Transformaciones*, de la cual, el escrito por Brumana, es el número 63, publicado en 1972.

las palabras de Sartre, quien quizá fue su mayor influencia y, también y por eso mismo, el referente sobre el compromiso intelectual a quien más problematizó, llegando a polemizar con sus dichos e ideas en más de un ensayo, para decir luego con él: “Un intelectual para mí es esto: alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda” (1993, p. 204). En efecto, en esta obra encontramos un artículo titulado “Ética de amplio espectro” en el que realiza las siguientes afirmaciones, que podríamos considerar prácticamente autodescriptiva:

(...) el intelectual comprometido es alguien que se niega a cerrar los ojos. Ve y dice lo que ve aunque a veces duela decirlo (...). Como hombre libre, pero sin paternalismo ni soberbia, sin ínfulas ni desplantes, el intelectual puede contribuir a la investigación de su realidad. Con sus ensayos, artículos periodísticos, pero también con sus novelas, sus dramas y hasta con sus poemas. (pp. 204-205)

Consideramos especialmente indicativo de sus propias opciones y convicciones que el autor haya situado al ensayo como el primer género literario con el cual el artista puede intervenir, mediante el ejercicio de la escritura, en la sociedad. Esta intervención no es posible sin un sentido moral y ético del deber y la función de ese rol, aunque, por otro lado, “es bueno recordar que el compromiso no siempre se ejerce desde la certeza, sino también desde la inseguridad, desde la incertidumbre” (p. 205), tal y como hemos podido observar en sus sucesivas reformulaciones a lo largo de su ensayística. Sin embargo, no cesa en su insistencia y sigue sosteniendo, hasta el final del libro y de su vida que “En un mundo donde el hombre se entiende cada vez más y mejor con las máquinas pero se desentiende del semejante, el compromiso es uno de los últimos enclaves de la solidaridad. Y como tal hay que defenderlo” (p. 208).

Por todo lo señalado hasta aquí, es posible arribar a la conclusión de que el análisis de la ensayística de Mario Benedetti nos ofrece una excelente oportunidad para observar el carácter performático que adquiere el “el lenguaje del disenso”. La contemporaneidad de este discurso se manifiesta en la participación que el autor uruguayo realiza en los grandes debates culturales que tuvieron como marco la latinoamericanización del intelectual comprometido en el contexto de los 60 globales. En los diferentes ensayos que fuimos analizando, encontramos diferentes posturas que responden

siempre a una interpretación coyuntural del campo intelectual latinoamericano de los '60. De esta forma, mediante el pronunciamiento explícito que materializan los ensayos benedettianos, podemos observar su dimensión performática que tiene como fin intervenir en la sociedad.

Referencias

- Agamben, G. (2011). *Desnudez*. Anagrama.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales: notas de investigación sobre una cultura inquieta*. Siglo Veintiuno Editores.
- Benedetti, M. (1960/1968). *El país de la cola de paja*. (Séptima edición). Bolsilibros Arca.
- Benedetti, M. (1967/1970). *Letras del continente mestizo*. Arca.
- Benedetti, M. (1968). *Sobre artes y oficios*. Editorial Alfa.
- Benedetti, M. (1974). *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Editorial Alfa.
- Benedetti, M. (1974). *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Editorial Alfa.
- Benedetti, M. (1979/1982). *El recurso del supremo patriarca*. Nueva Imagen.
- Benedetti, M. (1987/2002). *Subdesarrollo y letras de osadía*. Alianza Editorial.
- Benedetti, M. (1993). *Perplejidades de fin de siglo*. Seix Barral.
- Da Cunha Giabbai, G. (2001). *Mario Benedetti y la nación posible*. Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti.
- Gilman, C. (1993). Política y cultura: Marcha a partir de los años sesenta. *Nuevo texto crítico*, vol. VI (11), pp. 153-186.
- Gregory, S. (2014). *El rostro tras la página: Mario Benedetti y el fracaso de una política del prójimo*. Estuario.
- Gutiérrez Girardot, R. (2004). *Modernismo: supuestos históricos y culturales*. Fondo de Cultura Económica.
- Marchesi, A. (2019). *Hacer la revolución* (Primera edición). Siglo XXI Editores.
- Nogueira Dobarro, A. (1992). Mario Benedetti. Literatura e Historia. El arte como proceso, proyecto y compromiso intelectual de liberación social. *Anthropos*, n° 132, pp. 2-24.
- Pocock, J. G. A. (2009). *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. (Trad. Sandra Chaparro Martínez) Akal. (Trabajo original publicado en 1985)
- Scheuzger, S. (2018). La historia contemporánea de México y la historia global: reflexiones acerca de los "sesenta globales". *Historia Mexicana*, 68 (1), pp. 313-358. <https://doi.org/10.24201/hm.v68i1.3644>
- Skinner, Q. (2007). *Lenguaje, política e historia*. (Pról. Eduardo Rinesi Skinner). Universidad Nacional de Quilmes.